

Un hogar de paz y felicidad 51

El saber vivir con la familia

Un ejemplo suplementario y muy corriente es cuando la mujer se queja de su suegra a su marido. Aunque él esté muy apenado porque ella no habla bien de sus padres, debe recordar que lo esencial es salvaguardar la paz conyugal. Por lo tanto, debe dominar su angustia y dar la razón a su mujer, sostenerla y hacerle sentir que su opinión es compartida, que ella es comprendida y está protegida por él.

Aparentemente tal marido sacrifica algo muy importante -el honor de sus padres- por la paz. Pero en realidad, no hay honor más grande para los padres que tener un hijo que vive en paz con su esposa. Además, por el mérito de la paz y del amor que el marido testimonia a su mujer, ella se reconciliará fácilmente y la paz residirá de nuevo entre ella y sus suegros. Porque al sentir la esposa que su marido la sostiene, las cosas que la desagradaban pierden su importancia. Y si a pesar de todo ella todavía tiene algunos reproches contra su suegra, el sentido de justicia le impedirá reñir con un marido tan comprensivo y justo. De un modo o de otro, ellos encuentran una vía de entendimiento donde se concilia la paz doméstica y el honor de los padres.

Sin embargo, si el marido no actúa según la regla primordial de la paz, sino que coloca su honor herido, su sentimiento filial o su necesidad de justicia delante de la armonía conyugal, él perderá todo - tanto la armonía conyugal como el honor de sus padres.

Los padres sufren enormemente cuando su hijo no disfruta de paz hogareña y riñe con su mujer. Además, No los consuela en absoluto saber que ellos son la razón de las peleas y los desacuerdos entre su hijo y su esposa, que eso solo suele ser una causa que en muchos casos no es así.

el mayor respeto que se puede demostrar a los padres es manifestando buenos rasgos de carácter. No hay una mayor humillación para los padres que sentir que sus hijos carecen de los buenos rasgos necesarios Para mantener la paz matrimonial.

Hay que reconocer la realidad: La mujer por su naturaleza es muy emocional. Si ella padece por su suegra, le es muy difícil hacer una valoración equilibrada y objetiva de la situación. La responsabilidad de guardar la paz es del marido que es capaz de enfrentar tales situaciones con menos emotividad.

Por lo tanto el hombre debe saber que el honor más grande hacia sus padres consiste en ahorrarles toda pena o queja. Ellos deben saber que todo está bien y hay felicidad en el hogar del hijo.

Así es

Existe como una “ley natural” de algunas mujeres que se odian unas a las otras: la nuera y su suegra, las cuñadas, etc. En general, cuando una mujer se queja de otra - no puede dominarse. Por lo tanto, al marido no le queda más que ponerse del lado de su esposa y esforzarse por arbitrar y calmar los espíritus de cualquier forma.

Sin embargo, el marido que no se coloca junto su mujer y la respalda, y no la protege y la comprende sino que defiende a su madre o a su hermana, se conduce torpemente y se prepara a una serie de desavenencias inimaginables.

La ignorancia de que la paz doméstica tiene prioridad sobre todo, causa daños terribles. Sólo en un ambiente de paz se puede reparar y encontrar una solución a cada dificultad de la vida en común. Por consiguiente, el marido debe en cada ocasión decirle a su mujer que está por sobre los demás, que nadie le interesa porque ella es lo esencial para él; y que no permitirá que nadie se interponga entre ellos para amenazar su armonía conyugal.

La ausencia de paz doméstica puede ser tan destructora, como una pena de prisión como consecuencia de su desacuerdo conyugal. Y es muy comprensible ya que cuando el hombre pierde la paz doméstica se expone a grandes pruebas, porque el desacuerdo conyugal es una gran transgresión frente al Creador.

El deterioro de la paz doméstica despierta sobre el hombre un montón de consecuencias que le llevarán a la destrucción de su hogar.